

Diario¹

La sinceridad

Traducción de Amparo Hurtado

PHILIPPE LEJEUNE es autor de textos de obligada consulta para el estudio de la autobiografía: *Le Pacte Auto-biographique* (1975), *Je est un autre. L'autobiographie, de la littérature aux médias* (1980) y *Moi aussi* (1986), entre otros. Sus trabajos más recientes revelan un ambicioso proyecto de inventariar todo cuanto se relacione con la literatura personal y los relatos de vida: prueba de ello son los repertorios bibliográficos que desde 1982 publica bianualmente en RITM (antes Cahiers de Semiotique Textuelle). En 1998 publicó *Les brouillons de soi* (Paris, Éditions du Seuil) y *Pour l'Autobiographie* (Paris, Éditions du Seuil). Dirige el "Groupe Récits de vie" (Université Paris X-Nanterre) que organiza encuentros y coloquios sobre el tema con regularidad. Cofundador de la Association Pour l'Autobiographie et le patrimoine Autobiographique (APA), sita en Ambérieu-en-Bugey, que publica *La faute à Rousseau*.

SE DIJO UN texto. He aquí un texto. Tal vez no sea verdaderamente un artículo. E incluso si fuera un artículo, podría decirse que resulta confuso, mal construido y sin pies ni cabeza. Así pues, vale más tomarlo exactamente por lo que es. Al principio yo no estaba contento. Aquí se explica como me calmé..."

30 julio 1994

Aviso de que aquí no se va a encontrar más que pura falta de sinceridad. Hoy he comido con Serge Doubrovsky. La conversación ha recaído sobre su último libro, *L'Après-vivre*. Nada me resulta más simpático que el deseo de ver la vida con claridad, de recuperarse de sus confusiones y horrores, poniéndolos como se puede en orden y a distancia sobre un papel. La mayoría de los que escriben un diario lo comprenderán. Ese distanciamiento, ese retomar las riendas, esa reconstrucción de sí mismo. Ese retorno. Esa revancha. Que sin duda no se cumple más que si cuenta con un espectador. Incluso en esa página íntima que nadie va a leer jamás hay en un rincón, como en la pantalla de mi ordenador, un pequeño icono, un ojo. La mayoría de nosotros considera que está en la imaginación, a media luz. Pienso también en el germen que se encuentra al comer huevos. El escritor hace un doble clic sobre el icono y se pone a prueba de realidad. Después de haberse preparado, no obstante, durante años, como un atleta. Al combate contra la realidad se suma el combate por el lector. Seducir o morir...

¿Y qué hay de la sinceridad en todo esto?

31 julio 1994

Agresión / seducción: todo el secreto de la sinceridad literaria reside en este equilibrio. Una dosificación tanto más difícil cuanto que la transgresión en que se basa la sinceridad es un fantasma personal. Las barreras que se franquean tal vez no existan para los demás, o no en el mismo grado. O muy por el contrario existen tan fuertemente que se subestima la dosis de seducción a inyectar, en cuyo caso el lector, mal anestesiado, se despierta y

grita. Hay sinceridades de época, que envejecen mal. En cambio otras, como la de Rousseau, funcionan pase lo que pase. A unos les produce fiebre, a otros urticaria. Tiene sus adictos y sus alérgicos. Todavía no se le ha encontrado vacuna...

¿Por qué la emprendo en este tono? Simplemente para decir que la sinceridad no es una virtud, sino una estrategia. Un efecto. Simplemente para librarme de la sinceridad. Me he declarado falto de sinceridad para que me dejen en paz: no les prometo nada, no les pido nada. No me pidan nada. Hasta diré la verdad si quiero. (¡Si tú puedes!) A partir del momento en que se pronuncia la palabra sinceridad, se entra en las espirales de la mentira... Se pierde la facultad de razonar... Se queda limpio... Limpiarse el alma como otros la nariz... Una bayeta y agua con jabón... Sinceridad: aclarar la verdad...

14 agosto 1994

Estaba de malhumor. La única cosa peor que la sinceridad son las disertaciones sobre ella. Disertaciones, empanadas. Hay un libro entero de Henri Peyre sobre este asunto. Me parece rejuvenecer. Me presento a un examen de la Normal, oral, de filosofía. Saco una papeleta: ¡la sinceridad! Una hoja de papel blanco y media hora de preparación. ¡Estoy en blanco! No, me saldré de ésta, tengo el entrenamiento de la selectividad: ¡A mí, sinónimos y antónimos! Franqueza, veracidad, honestidad, rectitud, lealtad, espontaneidad, autenticidad... Falta de sinceridad, mentira, hipocresía, engaño, simulación, mala fe... ¡Formen filas todos, buenos y malos! Todos decepcionantes. Hipócritas y fulleros. Afortunadamente hay mentiras piadosas y francos embusteros. Afortunadamente hay cínicos. Y exhibicionistas. Afortunadamente no siempre es bueno decir la verdad. Por otra parte, no hay más verdad que la que hiera. Me estoy liando, me van a suspender. Pero quiero insistir en la infecta confusión que la noción de sinceridad establece entre la verdad y el bien. Un nudo diabólico. En cuanto se acepta, se dan vueltas y más vueltas, como hago yo. Cuando se dice lo contrario, se sigue diciendo lo mismo. La única manera de salir de ahí es dejar el terreno de la ética y de la verdad, y pasar a un segundo grado, a una especie de análisis transaccional. ¿Qué se pretende, qué se negocia? La sinceridad no sólo es lo contrario de la mentira. Suponiendo que se

la conozca ¿a quién se debe la verdad? Otra vez estoy dando vueltas. Me aparto de este mal camino. Voy a rehacer más mal (menos bien) la cuarta *Ensoñación* de Rousseau. Un sub-Montaigne que me dará vergüenza.

11 octubre 1994

Un agujero de dos meses. Acabo de recibir una breve nota de Catherine D., que traspasa al Cañ en que me he convertido. Me da un tirón de orejas. Se quedó asombrada ante mis reticencias, y ahora, ante mi retraso. ¡El autor del *Pacto autobiográfico* refunfunando por tener que hablar de sinceridad! No entiende nada... Efectivamente, es curioso. ¡No, qué va! El pacto es un compromiso de sinceridad. Constató ese compromiso, y sus efectos sobre el lector: ¡punto y aparte! He conseguido librarme de estos debates ociosos al empezar a pensar en términos de pragmática, de acto ilocutivo. Palabras horribles éstas, casi tan feas como la palabra autobiografía. En mis clases, comienzo siempre por explicar que una autobiografía no es cuando alguien dice la verdad sobre su vida, sino cuando dice que la ha dicho. Con los inevitables efectos de este tipo de compromiso. El que proclama la verdad es sospechoso de decir mentiras; el que proclama una ficción es sospechoso de decir la verdad. Además de los que nadan y guardan la ropa con la autoficción. En cuanto a mí, yo me distancio un paso y miro el juego. No es asunto mío creérmelo o no. Esta posición higiénica me hace parecer un ingenuo a ojos de los astutos deconstruccionistas, que arremeten con la cabeza gacha como los buenos toros en cuanto se agita el trapo rojo de la sinceridad. Al parecer, allende los mares hay países en los que ya no es posible mantener un coloquio sobre autobiografía salvo interrogándose indefinidamente sobre la posibilidad de mantener un coloquio sobre una cosa que no existe. Esta clase de debates suele parecerme un derroche. Lo mismo que dudar del pan delante de gente hambrienta. Que se coman un brioche. Yo también me pongo agresivo y me tiro al trapo rojo... Además, no soy totalmente sincero cuando me las doy de higienista. Tienen razón ellos al tomarme por un ingenuo. Es broma, estoy echándomelas de listo. He de tener un aire inteligente y enterado. Tengo una reputación que sostener, precisamente por eso me han buscado. Pero en mi casa, solo ante el papel o la pantalla de un diario verdadero ¡ah,

qué sincero soy! Una nulidad, un desastre de tipo y hecho un desastre. *Ite, missa est.*

26 octubre 1994

Un agujero de quince días. Tal vez el próximo agujero será de una semana y acabaré escribiendo a chorro sobre la sinceridad... Acabo de volver de un seminario de historia social en Viena. Confrontación, en el corazón de Europa, de varias culturas nacionales. Uno de los límites del concepto de sinceridad es su carácter individual, la idea de elección personal. Indudablemente tan utópica como creer en la existencia de una verdad que podría ser dicha o matada. La sinceridad es incapaz de pensarse a sí misma. En Viena, hablábamos de corpus, sistemas, instituciones, códigos, modelos, censuras, silencios. La individualidad es un fenómeno colectivo. El discurso está regido por un orden. Las sinceridades son repliegues secundarios de los sistemas de violencia. Pistones de vapor, o amortiguadores de aire comprimido, o muelles en espiral, o cámaras de refrigeración, o válvulas de seguridad, o borrones, o escapes, depende, así que acabo por perderme en una inmensa maquinaria. La verdadera distancia a tomar no es la de un formalismo lingüístico esterilizado, sino la de una historia de los discursos a lo Foucault. La higiene consiste en poner la palabra en plural para disolver así su ilusoria unidad. Todas las palabras en "-idad" que sirven para designar valores son como grandes cofias blancas y almidonadas, que intimidan... Trinidad laica... Libertad... fraternidad... sinceridad... Que impiden pensar.

29 octubre 1994

Heme otra vez aquí, antes de lo previsto. Cuestión de urgencia. Por otra parte, ¿quién les asegura que verdaderamente es 29 de octubre? La fecha hace efecto

de sinceridad. Es un buen negocio. ¿Una cosa es más verdadera por haber sido pensada un sábado, y por mí? Sin embargo, es cierto que la pensé este sábado. ¿Qué cosa? Ya no me acuerdo. Hasta mañana.

30 octubre 1994

Vuelta a lo mismo: la idea de ser una nulidad. Un desastre de tipo, con la casa patas arriba. No más verdadero sin embargo que lo que llamo hacer mi teatro y que consiste en la cortesía de intentar gustar. Todo es cuestión de medida. Esa idea de que la sinceridad podría tener un lugar donde aparecer en especial, es decir, otro lugar que... en todas partes, he ahí el error en que se funda la sinceridad. (Aunque, indudablemente, debe ser necesario.) Que pudiera ser además del orden de la revelación y no de la intelección. Heme de nuevo en la selectividad. Tanto peor si suena pretencioso que diga que mi único deslumbramiento en filosofía fue la *Ética* de Spinoza, su manera geométrica de tratar las pasiones, ese laberinto transparente de definiciones, postulados, teoremas, demostraciones y escolios... ¡Qué pasión por comprender! Yo tenía veinte años y estaba perdido en un caos doloroso y oscuro. ¡La idea de llegar a comprender un día! Más tarde leí a Freud, a Leiris, examiné las palabras, los síntomas, y las añagazas de los secretos... Mi

pasión por la autobiografía tal vez no sea más que la continuación de aquel deseo de descubrir un día la tercera vía del conocimiento, la evidencia de la luz... Que disolvería la autobiografía misma. Durante la espera, mi única sinceridad verdadera ha sido la pasión de archivar. Nunca he destruido ninguna señal de mi vida. He escrito diarios, incluso de los sinceros, con consignas del tipo: "Escribir lo que nunca podré querer enseñar a nadie..." (!) El fantasma de lo confesional... Esos grandes sepulcros levantados en los rincones sombríos de las iglesias... Botes salvavidas. Con rejillas para



respirar, como en las cestas de los gatos, o como en las alcantarillas, para filtrar. Así pues he escrito diarios a varios niveles, pero siempre con la idea de que la verdad no se hallaba más en el sótano que en el desván, sino en la relación del conjunto con algo que descubriría un día, o nunca. He vivido a la espera de una epifanía. Soy el secretario de un futuro mesías, conservo en orden los archivos del Antiguo Testamento. La sinceridad no es decir lo que molesta, o lo que otros ocultarían, es decirlo todo -reconociendo que no se comprende-. También lo banal, así como todas las capas del yo. De Perec, me gustaba esa manera de postergar el momento de comprender, de dejar llegar el sentido... en diferido.

31 octubre 1994

A esta altura estoy ya bastante elocuente. Menos atascado que al principio de esta reflexión. Menos retorcido. Igual de agresivo todavía, ahora le toca el turno a la iglesia, lo natural vuelve al galope... Se debe a que he cogido la sinceridad por la otra punta aceptando ser un ingenuo. He cambiado la disertación por una confidencia: mi vida discurre entre nieblas. ¿Entre la niebla, ustedes intentan ser sinceros? Intentan orientarse. Abren bien los ojos. Y cuando sienten dolor, gritan. La sinceridad es un lujo, un chasquido de los dedos, un sillón Luis XVI. Cuando escribo mi diario, intento ser yo. Tan poco sincero como de natural. Me pego a mí mismo y a la vez me despego para construirme. Por un lado pinto la niebla y por otro, trato de salir de ella. Soy un testigo, escribo para un historiador, yo mismo más tarde, que hará, desde donde se encuentre, la crítica de mi testimonio. Será su problema. Yo siempre he escrito para un superyo futuro. Le tengo una confianza ciega. Él verá a través de la niebla. Si he pintado bien. Mi función es ser exacto. Sí, ser serio. Me acuerdo de haber buscado, cuando el *Pacto*, un adjetivo para designar esta actitud. Quería evitar "sincero" y me sentí muy satisfecho de haber dado con "auténtico". Mejor sincero. Hasta el punto de ser tonto: de adolescente, dudaba hasta de corregir mis faltas de ortografía. ¡Cuando las veía! Se me pasó, pero tarde. Siempre me ha dado horror la ficción, mi error durante mucho tiempo ha sido confundirla con la forma. No me veía con la caradura de pretender informar al prójimo de cosas que no existían. Todavía hoy siento vergüenza cuando abro una novela. Por el novelista. Criaturas jugando a muñecas. Con

razón, puesto que todo el mundo finge creerles. Echo de menos algún sentido. Simbólico, indudablemente. Entre los balbuceos de mi diario y esas bellas imposturas no veía término medio. Mi vida cambió el día que descubrí que podía existir un arte de la autobiografía. Fue hacia 1969. Leyendo a Leiris. Ante las hojas de papel. Ya no era mi diario. Sino un cuaderno de croquis donde durante años he intentado "atrapar" la forma de mi vida, la historia de mis nieblas. ¡Qué desafío! ¡Qué pobreza eludirlo inventando historias! Por lo menos para mí... Que los demás hagan lo que quieran... Forma y sentido no están reñidos con el espíritu de la verdad. Nada más... serio. Mi vida volvió a cambiar otra vez cuando descubrí que podía existir un arte del diario. Fue hacia 1986. Releyéndome. Después delante de la pantalla del ordenador, mi pizarra mágica... Acaso también porque me iba convirtiendo un poco en el adulto para el que escribía antes... Pero tan poco...

1 noviembre 1994

Me he sumergido en mis viejos diarios. En marzo de 1956 fue cuando leí por primera vez las *Confesiones* de Rousseau, apasionadamente. En esa época ya estaba empapado de Proust -y pasaba mucho de saber si *En busca del tiempo perdido* era autobiografía o novela. Era... ¡el evangelio!-. Escribiendo, se podía dar forma y sentido a la propia vida. Adoraba los campanarios de Martinville. ¡Pero yo era espontáneo, y serio, muy serio! Jamás diario alguno se ha escrito menos para gustar. Resulta incluso angustioso de releer hoy: qué soledad... Lo decía todo, directamente, una docena de veces, sin vergüenza, solamente media docena para las cosas más penosas, las que abordaba al sesgo, torciendo un poco la vista, la punta de mi nariz, la punta de mi sexo. La movilidad de los humores, la versatilidad de los sentimientos. Mis nieblas, mis claridades. Siempre con la misma idea: más tarde él comprenderá. Más tarde es ahora. Soy yo. Cuando me sumerjo en esto necesito cámaras de descompresión. Sino me asfixio, no veo en qué código está escrito. Al principio lo encuentro ingenuo, ¡muy ingenuo! Y al mismo tiempo, cínico hasta el punto de resultar molesto. Seguro que hoy soy menos "sincero", borro las desigualdades del terreno, allano e impongo continuidades. En ese punto, fuertes sacudidas. *Please fasten your seat belt*. Sería ingenuo o cínico si hubiera supuesto una mirada posada

sobre mi cuaderno. Mas no hay nadie. Salvo mi yo futuro, en quien tengo absoluta confianza. Pero nadie más. Una atmósfera rarificada, con poco oxígeno. Otro planeta también, de menor pesadez y donde al mínimo movimiento se salta en vez de andar. Necesito cierto tiempo para adaptarme. Para perder esa engañosa impresión de ingenuidad o de cinismo y hacerme digno de la confianza depositada en mí. A medida que avanzo, siento mayor... respeto, sí, por la seriedad de ese adolescente. Por su pureza (se hubiera quedado asombrado, él, que se sentía tan impuro). Nada mío en especial, lo mismo que le debe de pasar a cualquiera que tropiece con sus viejos diarios. La sinceridad tiene sus edades. Yo tengo cincuenta y seis años y él tenía diecisiete. *Ver claro en sí mismo algún día. Ése es mi mayor deseo. Confesándome a mí mismo, siento que miento candorosamente, inocentemente. La mentira está enraizada más allá de mi conciencia, en ese inconsciente oscuro del que nada sé.* Nadie con quien hablar. Dos años para resolver, día tras día, el problema de la existencia de Dios, para reencontrarme definitivamente solo. Con Dios, no hablaba mucho, cosa que terminó por dejar un vacío. Dieciséis años. *La vida está ahí, delante de mí. No me gusta. La registro en descargo de conciencia y por calcular que a lo mejor me servirá más tarde.* Mi diario era un documento de espera. Depositaba mi vida en consigna. *Si un día soy escritor, todo esto podrá serme útil. Era un grito lanzado a todos los Philippe del porvenir.* Con la desesperación de escribir mal. *Quisiera saber escribir bien. Me duele no saber escribir más que estas desafortunadas líneas.* Un día intenté reflejar un delicioso olor a tierra y a madera quemada. Jesús anduvo sobre las aguas, pero yo, yo me hundía. Era una nulidad. No sabía que Proust había compuesto sus campanarios a los treinta y siete años, después de haber emborronado miles de páginas. *Es una porquería, lo que escribo. Debería volver sobre ello una segunda vez y trabajarlo. Pero siempre he detestado esta clase de ejercicio: por pereza, en primer lugar, y por la idea de que la primera versión es la*

buena, la verdadera, la única "genial" (!) Siento tal admiración por lo que escribo que tocarlo (aunque sea para mejorarlo) me parece un sacrilegio. También, por la idea de que sería artificial. Pero si un día quiero "escribir" debería someterme a alguna disciplina. Necesité más de diez años para franquear este paso, para superar la idea de que una segunda versión era menos verdadera que la primera. Que el trabajo puede ser sincero...

2 noviembre 1994

Voy a dejarles ya... Sé que ustedes están leyendo una revista y no quiero estorbarles más. Al principio me hallaba crispado, fastidiado y agresivo. Y por eso mismo sin duda fastidiaba. Me he relajado poco a poco al ir recuperando mi adolescencia. A menudo me encuentran burlón aunque yo me siento ingenuo. En cualquier caso, me gusta trabajar llevando un diario. Paralelamente a éste, desde que se reunieron ustedes conmigo a finales de julio, he escrito otros, para nadie. Un diario es una aventura. Ustedes leen ésta porque ha terminado bien. He recorrido el itinerario de lo que tenía que decir. Voy a continuar andando solo. Con frecuencia se cuestiona la posibilidad de escribir para nadie. Yo sigo escribiendo para un yo futuro, como antaño. Con el tiempo, cada vez tengo más posibilidades de escribir para un muerto. Mis sinceridades se disolverán en una verdad que ignoro.

Nota

¹ Agradecemos a Philippe Lejeune y Éditions du Seuil la reproducción de este artículo. Original en francés publicado en *La sincerité. L'insolence du coeur*, Éditions Autrement, París, 1995, pp. 88-95; republicado en Philippe Lejeune, *Pour l'autobiographie. Chroniques*, Paris, Éditions du Seuil, 1998.